

AHRAMIB RAMIB-PMD-018

EL  
CÓLERA MORBO  
ASIÁTICO

INSTRUCCIONES PREVENTIVAS  
PARA EVITAR EL CONTAGIO Ó LIMITAR CUANDO MÉNOS  
SUS CONSECUENCIAS

—  
POR EL  
DOCTOR P. BLANES



MONTEVIDEO

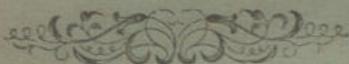
—  
Imprenta á vapor "La Colonia Española" Florida 86, 88, 90, 92  
Fut'o Uruguay y Mercedes

—  
1885

EL  
CÓLERA MORBO  
ASIÁTICO

INSTRUCCIONES PREVENTIVAS  
PARA EVITAR EL CONTAGIO Ó LIMITAR CUANDO MÉNOS  
SUS CONSECUENCIAS

POR EL  
DOCTOR P. BLANES



MONTEVIDEO

Imprenta á vapor "La Colonia Española" Florida 86, 88, 90, 92  
Entre Uruguay y Mercedes

1885

Ref 15979

EL  
CÓLERA MORBO  
ASIÁTICO

INSTRUCCIONES PREVENTIVAS  
PARA EVITAR EL CONTAGIO Ó LIMITAR CUANDO MÉNOS  
SUS CÒNSECUCIAS

POR EL  
DOCTOR P. BLANES



**MONTEVIDEO**

Imprenta à vapor "La Colonia Española" Florida 86, 88, 90, 92  
Entre Uruguay y Mercedes

**1885**

## INTRODUCCION

### CONDICIONES Y OBJETO DE LA OBRA

Este opúsculo escrito á vuela pluma en las columnas de *La Colonia Española* durante el periodo de alarma producida por las noticias del mal estado sanitario reinante en Europa, no tuvo al principio más objeto ni abrigó otras pretensiones, que las de satisfacer la natural curiosidad de los lectores de aquel periódico.

Apaciguada la ansiedad general con la desaparicion del flagelo, hubiéramos dejado dormir á nuestros artículos el sueño de los justos, si aquellos acontecimientos, aunque vistos de léjos no hubiesen dejado en nuestro ánimo una espina. El cólera es amigo de los viajes largos, y nunca se extingue sin saciar ántes sus apetitos, explorando para el logro de sus siniestros fines las vías de comunicacion más frecuentadas. Al parecer ha cesado por el momento su accion en Europa, pero tenemos la conviccion de que retoñará como suele hacerlo, y entónces el peligro de una expansion epidémica no cesa para el Rio de la Plata.

Ante la última suposicion, hemos creído del caso agrupar y adicionar con algun esmero, los escritos mencionados, dándoles una forma adecuada, á fin de que les sea posible disfrutar de más dilatados ámbitos y cumplir el destino que la Providencia quiera asignarles.

Hemos procurado condensar en pocas líneas, sin menoscabo de la sencillez y claridad, la indole del cólera y sus medios probables de difusion, como tambien las medidas preventivas de indudable eficacia para oponernos á su accion devastadora.

Obritas como la nuestra han sido lanzadas á la publicidad en casi todas las ciudades europeas durante la

epidemia del año próximo pasado, y han producido indudablemente algun bien. Si hemos estado poco oportunos, tanto mejor. ¡Ojalá las condiciones sanitarias de la ciudad de Montevideo hagan en todo tiempo inútil nuestro trabajo!

En las calamidades públicas, parece que el buen sentido flaquea, la general impresionabilidad se altera, el desaliento ó la temeridad se introduce entre las multitudes, y de aquí dimanar una serie de males secundarios que la prudencia y el espíritu sereno podrian evitar.

Los excesos ocurridos en la última epidemia de Nápoles, salvo el proceder encomiable de las autoridades italianas, es una simple repeticion de lo que en igualdad de circunstancias ha pasado ántes en muchas otras partes.

El pueblo no sabe lo que es higiene ni hay quien se lo diga; las epidemias rebasan el límite de lo ordinario; se presentan con un oculto poder de destruccion, y esto basta para que las conjeturas más extravagantes broten de los cerebros excitados, el terror estalle y se produzcan escenas en extremo lamentables.

No sin razon, médicos de consumada experiencia han concedido al miedo un papel no despreciable en las hazañas del cólera, y se comprende que tambien el escritor romancero haya parado mientes en el hecho, confeccionado cuentecitos apropiados al caso, de los que como muestra trascribimos el siguiente, por el buen sentido que encierra.

«Hacia Smirna, su pueblo natal, cabalgaba tranquilamente un turco cierto dia.

Pero se le adelantó en su camino una aparicion terrible.

Era el cólera en persona que se dirigia al mismo punto.

El pobre turco, espantado, salta de su caballo y cae de rodillas, y compasivo el cólera á vista de aquel terror entra en conversacion con el caminante.

—Puesto que vas á Smirna, dijo el turco en ademan suplicante, librame á mi al ménos, libra á mi familia, libra á los que me son queridos.

Y el cólera lo prometió.

Mas, alentado el turco, pregunta á su terrible interlocutor: ¿cuántas víctimas pensais hacer en Smirna?

—Dos mil, ni una más, ni una ménos, contestó la plaga. Y pronunciadas estas palabras desapareció.

Llega el turco á Smirna, y vé que el cólera se le ha adelantado, habiendo sucumbido ya algunas personas.

Despues se acrece la violencia del mal, y dia por dia nuevas víctimas perecen.

Pero el turco, confiando en la promesa que se le habia hecho, esperaba la cifra de dos mil para darse por libre del espectáculo de muertos y moribundos.

Y en efecto, llegó el dia, pero la mortandad habia pasado de la cifra señalada. nuevos casos desgraciados ocurrian, y en una palabra, cuando la calamidad abandonó á Smirna, porque ménester es que todo tenga término en este mundo, el número de muertos se elevaba á cinco mil.

El cólera y el turco se tropezaron despues de las dichas ocurrencias en el mismo camino, y desde que el segundo vé al primero, se le acerca resueltamente y le dice:

—Me prometiste no hacer sinó dos mil víctimas y has hecho más del doble. Me has engañado.

—No te he engañado; yo me quedé en los límites de la cifra fijada. Quién se ha llevado los demás no soy yo.

—¿Pues quién ha sido?

—El miedo.»

Tal es el sabroso razonamiento que entablaron el cólera y el turco, de cuyo buen sentido nos hemos hecho cargo, dejando al autor del cuento el trabajo de comprobar su veracidad.

## CAPÍTULO I

## I

## Indole del cólera

La indole de esta enfermedad epidémica, es de cada vez más conocida, circunstancia que atenúa de un modo notable los peligros á que han dado lugar sus frecuentes excursiones léjos de la india, su país natal.

Es permitido afirmar con muchos visos de probabilidad que su desarrollo y propagacion se efectúa por medio de un micro-organismo, estudiado concienzudamente por Koch, y descrito con el nombre de *bacillus virgula*, cuyo organismo emprende en ciertas épocas el camino de las expediciones humanas, verifíquense éstas por tierra ó por mar; vá de un lugar á otro por las vías férreas, los vapores, los movimientos de tropas.

Es, pues, el cólera, no un génio maligno que invade por arte diabólico á las poblaciones, sinó alguna cosa que si bien no se toca á causa de su extremada pequeñez, se vé mediante los instrumentos de óptica apropiados; es un parásito que podemos combatir con armas de precision siempre que á ello nos dispongamos de véras. Podemos alejarnos de él, evitar su contacto destructor, ó bien limitar en mucho sus pretensiones cuando lo tenemos en casa.

Varios hechos prueban de una manera convincente la eficacia del aislamiento en las epidemias de cólera.

Las Baleares en 1849 y la Sicilia en 1865 se aislaron rechazando hasta con la fuerza, á todos los buques que intentaron arribar á sus costas, á cuyas medidas extremas puede presumirse que debieron estas islas su inmunidad.

En 1866, el cólera se presentó causando muchas victimas en Tiberiade (Palestina) y gracias á un riguroso cordon sanitario que la circunvalaba no hubo un solo caso en ninguna localidad de la Siria (Alzina).

Durante las epidemias de 1830 y 1831, los fuertes y aldeas situados en los gobiernos de Orenbourg y Astrakan, debieron á los cordones su salvacion, sucediendo igual cosa en Sarepta ciudad rusa (Proust).

La córte rusa en 1831 se aisló con 10,000 personas en Petershof y Sarskoselo, permaneciendo completamente libres del cólera (Kunze). Igual cosa sucedió con los discípulos de la escuela militar de Constantinopla, quienes en número de 500 fueron en 1865 secuestrados en su escuela.

Nos seria fácil citar un sinnúmero de hechos, que atestiguan de un modo evidente el valor preservativo del aislamiento en las epidemias coléricas.

Aún más, es indudable que el simple contacto no comunica la enfermedad; parece que fuera necesario comer algo de contaminado, para que las desastrosas consecuencias se produjeran. Al ménos, todo induce á creer que en la mayoría de los casos el germen del cólera entra por la boca y despliega todas sus fuerzas en el canal digestivo.

Esta manera de considerar los hechos se halla conforme con las últimas observaciones practicadas. El doctor Maurin de Marsella nos dice que en las deyecciones de los coléricos ha visto nacer y desarrollarse una *mucorinea* que considera especifica; contiene infinidad de esporos y son éstos los bacillus de Koch en estado de evolucion incompleta. Cuando los esporos de este *mucor* llegan en un estómago sano son digeridos sin consecuencias, pero germinan y se trasforman fácilmente si contiene aquella cavidad líquidos acescentes ó pútridos.

Así se concibe que el cólera sea siempre curable en un principio, cuando no se ha operado aún la obra destructora del germen invasor; y que por el contrario, sea incurable cuando por efecto de la incuria ó de la ignorancia los esporos coleríferos se han desarrollado impunemente hasta transformarse en *barcillus*, y han deformado los elementos de la sangre.

Todo lo dicho, debiera de tranquilizar á los más pesimistas, á los más medrosos, á aquellos que no saben ver el lado aceptable de las cosas malas.

Porque, á decir verdad, no hay motivo para tanta

alarma si juzgamos friamente el peligro real á que nos hallamos expuestos, aún en el supuesto caso de vernos en plena epidemia. La imaginacion dilata mucho la red opresora de los males presentes ó por venir, y la extiende tanto, que se ofusca hasta el punto de olvidar toda defensa, dejándose prender tontamente entre sus mallas.

El hombre dominado por el temor durante una epidemia, es el incauto pajarillo de robustas alas á quien la mirada de la serpiente horroriza y atrae fatalmente hasta colocarlo sobre sus mandíbulas.

Los extragos del cólera, aún los más memorables no han afectado nunca á todos los moradores de la poblacion invadida, ni tampoco á la mitad; una parte relativamente escasa ha sufrido las consecuencias.

Nápoles, con ser una de las poblaciones más castigadas por el cólera de 1884, no cuenta al final de la jornada más pérdidas que 7,299 habitantes. Los que en realidad han pagado un fuertetributo han sido los pobres médicos; de los 139 enrolados en *La Cruz Blanca* sucumbieron 21. (*Gaceta degl' Ospitali*).

Ora bien, la ciudad de Nápoles, por su situacion y condiciones higiénicas, es infinitamente más vulnerable que Montevideo, no siendo aventurado por tanto predecir que si llega á visitarnos el flagelo, la proporcion de pérdidas con respecto á la ciudad italiana, se reducirá mucho entre nosotros.

Otras razones nos llevan á tratar con cierto desprecio al azote del Ganges, un tiempo tan poderoso para segar las vidas: los hechos nos dicen que, léjos de su país natal, se muestra con fuerza de cada vez más atenuada. En Paris, el cólera de

1832 ocasionó 2,350 defunciones sobre 100,000 habitantes.

En 1849, 1,762.

En 1853-54, 826.

En 1865-66, 270.

En 1877-78, 35.

Se vé, pues, que la mortalidad proporcional ha decrecido notablemente de una epidemia á otra, sea por efecto de la atenuacion espontánea del virus, como algunos quieren, sea que algo se ha hecho en el senti-

do de mejorar las condiciones higiénicas de los pueblos ó que se haya puesto en práctica una terapéutica más racional, ó bien se deba á otras causas difíciles de apreciar. Salta á la vista que los ¡2.098,029 victimas! hechas por el cólera en Europa desde 1817, fecha de su primera aparicion, (*Siglo Médico*) son contemporáneas en proporcion escasa; su mayor número se remonta á las primeras correrías de la plaga.

Sin ánimo de oponernos á cuanto se diga al respecto, nos sentimos inclinados á creer con otros autores y de conformidad con las ideas que tuvimos ocasion de desarrollar, hace ya tiempo en una mal perjeñada Memoria, que una de las principales causas de la benignidad relativa de las epidemias de cólera morbo estriba en la particular resistencia de ciertos organismos al contagio, cuya particularidad transmiten á su descendencia. Resulta de aquí una seleccion natural; los individuos vulnerables sucumben en gran parte, mientras resisten para su bien y el de sus hijos los más refractarios. De esta manera se verifica en cada epidemia un verdadero espurgo, en el que van eliminados de la masa comun, los seres más deleznable y que constituyen el pasto de las epidemias.

Conviene no perder de vista que, á igualdad de condiciones físicas en los individuos, los atacados son generalmente los ménos precavidos, los intemperantes, los que se separan de la vida ordenada y cometen toda clase de excesos. Hemos oido decir á personas dotadas al parecer de buen sentido, que los más cuidadosos son los más vulnerados, y que el mejor preservativo es, comer abundantemente y tomar buen cognac.

Como hay redentores de esta especie en todas partes, Niemeyer observa que en los hospitales el número de coléricos entrados los Lunes suele ser una octava parte mayor que en los demás dias de la semana; y hablando de las epidemias de Magdeburgo, dice, «el principio de una fèria que dá lugar á excesos de todo género, ha hecho sentir várias veces su funesta influencia en el número de las invasiones y defunciones.»

Es una insensatéz abandonarse al acaso en medio

de un foco pestilencial, como lo sería también en caso de guerra cruzarse de brazos ante el enemigo. En todas partes el miedo y la temeridad producen resultados idénticos.

Las prácticas higiénicas, tienen durante las epidemias mayor razón de ser que en épocas menos críticas para la salud pública, y es cabalmente en casos semejantes que su observancia estricta produce los resultados más brillantes.

## II

### El microbio del cólera

Es tanto lo que se habla de microbios, en diarios, revistas y aún en la conversación privada, que fuera en nosotros imperdonable olvido no dedicar á este palpitante asunto algunas líneas.

No sabríamos ocultar además, el interés que en nosotros despiertan las modernas teorías panspermistas.

Ya no es posible dudar que la causa del contagio en las enfermedades epidémicas se debe á la existencia de organismos, mal conocidos es verdad, pero que se revelarán algún día con todos sus caracteres al tenaz espíritu de investigación que singulariza la presente época, y caerán bajo nuestro dominio á la manera de tantos animales y plantas, cuyos instintos y particularidades un tiempo temibles, hoy más aprovechan que perjudican al hombre.

En epidemiología se distingue con el nombre genérico de *microbios* á aquellos seres vegetales ó animales infinitamente pequeños, los que hallándose en terreno favorable á su reproducción se multiplican en gran manera y constituyen la causa primordial de la infección y del contagio.

Todas las enfermedades contagiosas contienen microbios peculiares á cada una de ellas. Así, el microbio del cólera es, según Koch, un *baillus* incurvado, parecido al que se encuentra en el *muermo*. El doctor Roberto Koch ha sido muy afortunado en sus descubrimientos micrográficos; á él debemos una gran parte de lo que se sabe acerca del bacilo del *antrax*

de los ganados, y de las bacterias infectantes de las heridas en diferentes animales, y es también el descubridor del bacilo de la *tuberculosis*.

Pero, mucho ántes que Koch diese á luz sus profundas investigaciones sobre la bacteria colerifera, el doctor Pacini de Florencia se había adelantado y había expuesto sus opiniones que difieren muy poco de las emitidas por el sábio alemán.

Ya en 1854 durante la epidemia que asoló la Toscana, observó Pacini «un fermento viviente constituido por un *schizomiceto bacilar* que se fija en los tejidos del intestino, se multiplica al infinito y sale en gran cantidad al exterior con las excreciones intestinales.» El doctor Macario de Niza, recuerda á este propósito la profecía de Pacini, quien escribía en 1875 estas palabras: «Cuando mis trabajos científicos habrán dado la vuelta á Europa y estén de regreso en Florencia, tal vez se les conceda carta de ciudadanía en nuestras escuelas, mas cuando esto suceda descansaré ya tranquilamente en Trespiano (antiguo cementerio de Florencia.)

Ha sido posteriormente á los trabajos de Koch, que el doctor Maurin ha encontrado en las deyecciones riciformes de los coléricos el *mucor* á que nos hemos referido al comienzo de nuestro trabajo, y más recientemente aún, el doctor Ferran de Tortosa, introductor en España de la industria de cultivos atenuados, y comisionado por el municipio de Barcelona para ir á estudiar el cólera en Tolon y Marsella, afirma que el *bacilo comá* constituye el estado adulto de un bacillus recto y corto que á su vez procede de un esporo.

Se vé, pues, que el microfito colerígeno tiene tres variantes morfológicas: la de *mucor* que contiene infinidad de esporos capaces de desarrollarse aisladamente en un medio ascescente ó pútrido, transformándose cada uno de ellos en bacillus recto primero, y en bacillus vírgula despues.

No se crea despues de lo dicho, que tenemos la seguridad absoluta de haber dado con el verdadero microbio del cólera. Nada sabemos de cierto á este respecto, ni lo sabremos mientras no se consiga cultivar los mencionados micro-organismos al estado de pure-

za, obteniendo un producto capaz de ocasionar, una vez inoculado, los accidentes del mal gangético.

Hasta hoy no se ha conseguido producir los fenómenos del cólera, inoculando en los animales superiores el bacillus conocido, y esta circunstancia debe hacernos reservados, porque ó bien demuestra que hemos padecido error atribuyendo á origen de la enfermedad lo que era simplemente un efecto, ó bien no hemos sabido elegir el momento oportuno para colocar al gérmen en condiciones de demostrar su accion específica. (1)

En toda fermentacion pútrida se encuentran corpúsculos animados de una gran potencia de nocuidad, y estos corpúsculos sirven al parecer, para transformar los cuerpos compuestos en sustancias más simples: facilitan, por decirlo así, el retorno de la sustancia orgánica al reino mineral de donde salió. Y siendo esto una verdad precisa, no sería imposible que los *bacillus* del cólera fuesen simplemente los intermediarios de la putrefaccion, no su causa eficiente.

No obstante, si cabe alguna duda respecto de la accion específica de los bacilos denunciados por Koch, no es posible dudar de la que corresponde á otras formas parasitarias mejor estudiadas. El cólera de las gallinas, el carbunco y la rabia han sido objeto de interesantísimos descubrimientos hechos por Pasteur. Este sábio, cultiva en estado de pureza los micróbios que dan carácter á las mencionadas enfermedades, y demuestra la accion específica y lo que es más notable, atenuada, de sus cultivos, inyectándolos en la sangre de los animales sanos.

(1) Cuando escribíamos este capítulo no se habian publicado aún las últimas y trascendentales observaciones del doctor Ferran. Hoy nos inclinamos á creer que, en las futuras epidemias de cólera veremos comprobados los efectos patógenos y profilácticos determinados por el *peronospora barcinona*.

Ferran no titubea en proclamar la certeza de su descubrimiento, y nos dá la buena noticia de que en adelante las inyecciones preventivas del coma-bacilo atenuado constituirán una arma irresistible contra el cólera. ¡Ojalá no salgan defraudadas las esperanzas del entusiasta bacteriólogo español!

De esta manera ha venido á sospecharse que, el *micrococcus* de la vacuna es el mismo de la viruela atenuado por los cultivos, y tantos datos ya recogidos en los laboratorios científicos, legitiman las esperanzas que para el porvenir hemos fundado en las inoculaciones preventivas.

Nos hemos detenido algo más de lo necesario en las consideraciones que preceden, con el fin de satisfacer el natural interés que en la actualidad despiertan los modernos estudios sobre el parasitismo microscópico. Ellas servirán además, para formar un concepto cabal de lo que vale ser limpios, y de la importancia extrema que para la salud tiene el aseo en todas partes.

Cuando consideremos á estos organismos pequeñísimos, en su labor silenciosa sembrando la destruccion y el espanto, y veamos que se desarrollan, multiplican y pululan con el pasto que les concede nuestra dejadez; cuando pensemos que estamos asediados y amenazados de muerte por estas inmensas legiones parasitarias, daremos á los cuidados higiénicos la importancia que realmente tienen; ya no diremos que las precauciones en tiempo de epidemia son inútiles, que los más prudentes son los más vulnerados.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### Preservativos farmacológicos

#### I

#### DESINFECTANTES.

Ya sabemos lo que es el cólera, cual es su géneo y como se propaga; falta ahora averiguar si nos es dado evitarlo, ya valiéndonos de los llamados desinfectantes, ya de los medicamentos específicos ó bien adoptando una regla de conducta ajustada á los preceptos higiénicos.

Los desinfectantes de uso práctico son contados, si hemos de dar crédito á las informaciones de ciertos experimentadores, quienes al parecer han estudiado sériamente esta cuestion.

No es tan sólo el doctor Letamendi, quien se permite dudar de la acción microbicida de las usadas soluciones de ácido salicílico, fénico, sulfúrico, nítrico, clorhídrico, bórico, picrico, arsenioso; sulfato ferroso, cúprico, yodo, bromo, permanganato de potasa, cal, legía de sosa cáustica, cloruro de zinc, de mercurio, etc.; otros observadores se manifiestan igualmente incrédulos, y como quiera que este asunto sigue en litigio, bueno será formar opinión sobre materia tan trascendental.

M. Miquel, después de un estudio prolijo hecho en el laboratorio de Montsouris, ha observado que los antifermentos odorantes ó gaseosos, vapores de cloro, bromo, yodo, cloroformo, etc., no matan los microbios sino después de una acción prolongada (que dura varias semanas,) y en cantidades que hacen el aire irrespirable. «Desde el momento, dice, que podéis vivir algunos minutos en presencia de un olor agradable ó desagradable al que se le atribuye la propiedad de desinfectar el aire, podéis asegurar que el tal olor ó gas que lo produce, no desinfecta nada.»

El *ácido hiponítrico* ántes muy encomiado por su alto poder oxidante, ha caído en el mayor descrédito; Grossmann y Mayerhauser han demostrado recientemente que los microbios sometidos á la acción del oxígeno adquieren una actividad funcional mayor, cuya circunstancia aboga mal en favor de un cuerpo cuya propiedad principal está en el mucho oxígeno que contiene.

No obstante, las inhalaciones de ácido hiponítrico cuentan aún con partidarios. Los doctores Rica y Cubells las han empleado con extraordinario éxito el año ppdo., en la epidemia de Beniopa (España.)

El *ácido sulfuroso* ha sido preconizado por Mr. Pasteur, como uno de los desinfectantes más seguros y más prácticos en las enfermedades contagiosas. Es barato, fácil de manejar y posee una gran facultad de penetración, habiéndose observado que su influencia llega hasta el centro de los colchones contenidos en los cuartos sometidos á desinfección. En sus conocidas tendencias á transformarse en ácido sulfúrico, se apropia del oxígeno necesario donde lo halle, y priva

así al *microfito* de este elemento, ocasionándole la muerte. Pero, hé aquí, que Miquel ha hecho actuar durante veinte días el ácido sulfuroso sobre diversos gérmenes de naturaleza distinta, sin conseguir por este medio que cesasen de vivir ni de reproducirse.

El *ozono* es otro de los pretendidos desinfectantes anticoléricos que han gozado de gran boga. Los extractos de la epidemia minoran á medida que el ozono de la atmósfera aumenta, decían á una muchos y concienzudos observadores. Nadie dudaba ya de la virtud de este agente, que la Providencia esparcía en la atmósfera para moderar el poder destructor del cólera, hasta que en América y en Europa y en otras partes del Mundo se recogieron datos que probaban todo lo contrario, es decir, que el influjo epidémico recrudecía cada vez que se presentaba aumentada la proporción de ozono en el aire.

Podríamos citar otras sustancias gaseosas ménos recomendadas, cuyas propiedades microbicidas se han desmoronado al menor exámen.

Este modo de considerar los hechos concuerda con lo que escribía el doctor Ferran desde Port-Bou, con fecha 30 de Setiembre de 1884, «en este lazareto, sigo practicando el cultivo del *microfito*, á pesar de llevar ya cinco fumigaciones. Estoy dando al régimen cuarentenario el mejor mentís que puede darse».

Es un hecho averiguado que, la mayor parte, por no decir todas las sustancias llamadas antisépticas, no tienen más acción que la de impedir el desarrollo de las bacterias; no las matan como podría creerse.

Davaine indicó el *yodo* como poderoso enemigo de las bacterias; pero hacia operar esta sustancia sobre un pequeño número de *bacilos*, en vez de experimentar sobre buenos líquidos nutritivos, resultando de aquí, que empleaba cantidades de yodo proporcionalmente extraordinarias y que nada resuelven.

El *sulfato de cobre* que nosotros usamos con la certeza del éxito, hace muchos años, en los procesos diftéricos, fué estimado como uno de los más seguros enemigos de los *bacilos* en virgula, hasta que una observación más atenta demostró su infidelidad. No impidió que muriese uno de sus más entusiastas propa-

gandistas, el malogrado doctor Thuiller miembro de la comision francesa de Alejandria (1883)

El *sulfato de hierro*, usado por su bondad y baratura como desinfectante de las letrinas, interrumpe indudablemente el proceso de putrefaccion que allí se efectúa; mas, conviene no perder de vista, que esta propiedad de la droga puede dar resultados opuestos á los que se desean. La putrefaccion de una letrina mata por sí sola el bacilo del cólera, y el hecho de suprimir este medio espontáneo de destruccion, mejora á no dudarlo las pésimas condiciones en que se encontraba el citado bacilo. Impedir la putrefaccion, no equivale á matar las bacterias envueltas en el proceso.

Por estas razones, John Dougalle al hablar del *ácido fénico* dice, que sería éste un antipútrido peligroso, más perjudicial que útil en las epidémias de cólera, tífus y viruela.

A propósito del *ácido fénico* y del *sulfato de hierro*, desinfectantes extremadamente aconsejados en las epidémias de cólera, dice Bonnewyn hombre de larga experiencia, que las dichas sustancias no hacen más que fijar y ocultar, sin destruir, los virus miasmáticos é infecciosos.

Finalmente, el doctor Koch á quien podríamos llamar el padre del micróbio colerígeno, no puede ocultar sus desconfianzas en lo relativo á sustancias, anticoléricas, y declara en su conferencia dada el 26 de Julio de 1884 en la Imperial Oficina de Sanidad Alemana, que algunos hechos innegables prueban la extremada resistencia del terrible micróbio, *aun en circunstancias las más particulares*. Tambien Mr. Maurin, de cuya competencia tratándose de cólera no es posible dudar, porque á su notable talento y espíritu investigador reúne la condicion de haber pasado toda la epidémia de Marsella consagrado exclusivamente al estudio del flagelo, asegura y prueba con datos fehacientes que, los esporos del *mucor* colerígeno sobreviven á la desinfeccion por el ácido fénico, salicílico, cloruro de zinc y bicloruro de mercurio en soluciones al 2 por ciento de estas materias.

Sigue, pues, en litigio, como dijimos al principio de

este capitulo, la eficacia de los llamados desinfectantes, y nosotros ante el pro y el contra de los dos bandos, nos permitimos la duda mientras hechos más concluyentes no lleven á nuestro ánimo la conviccion.

Un solo desinfectante puede decirse que es universalmente reconocido como seguro, y este es por cierto el más accesible y más económico de todos; el fuego. Desgraciadamente las altas temperaturas son poco aplicables al individuo, solamente algunos objetos contumaces podrán someterse á la accion destructora del calor.

Lo que llevamos expuesto en contra del poder antiséptico de las sustancias enumeradas, no merece por cierto más crédito que lo dicho á su favor por los partidarios de la desinfeccion.

No, obstante, siempre resulta un hecho innegable: la desinfeccion tal vez muy cierta en el campo del microscópio, resulta una utopia en el terreno de la práctica diaria.

El individuo no podria ingerir impunemente dichas sustancias, con un fin curativo; y los objetos contumaces, especialmente la tierra, el aire, los alimentos y bebidas, escapan de todo punto á las leyes supuestas de la desinfeccion. Esta, tal cual se practica hoy, es ilusoria, ha dicho el profesor Pettenkofer y se resume en pérdida de tiempo y de dinero sin provecho alguno.

## II

### ESPECÍFICOS

Por lo que llevamos dicho en los párrafos precedentes, se comprenderá sin esfuerzo que los desinfectantes más acreditados no merecen una entera confianza como preservativos del cólera, y sería por tanto poco prudente librar nuestra seguridad á su accion problemática, tal vez perjudicial.

Eliminado este punto de la profilaxis, quedan á nuestra apreciacion los reputados específicos anticólericos, el aislamiento y los preceptos higiénicos.

Al hablar deespecíficos, no queremos referirnos á los remedios secretos confeccionados por el charlatanismo con la única mira de explotar el pavor y la credulidad pública; aludimos á ciertos preparados que gozan de algun crédito entre los hombres que cultivan el arte de curar.

Se ha dicho, que el cólera respetaba á los obreros de las fábricas donde se maneja el sulfato de cobre, el carbon animal, el azufre, el mercurio, etc, y esto ha dado motivo á que dichas sustancias se hayan empleado como preservativos de aquella enfermedad. El sulfato de cobre, especialmente, ha tenido en estos últimos tiempos, notables adeptos, más ya hemos manifestado, de qué manera el desencanto ha invadido las filas.

Tambien ha sido contestada la observacion muchas veces repetida, de algunos prácticos quienes aseguran que el hábito de respirar en una atmósfera impregnada por las emanaciones animales, quita toda predisposicion á contraer el cólera. La supuesta inmunidad de los individuos que habitan en los saladeros, corrales de abasto, mataderos, anfiteatros anatómicos, merece en la actualidad poco crédito, puesto que recientes observaciones atestiguan lo contrario.

A la vez han sido preconizados como preservativos los cigarrillos de alcanfor, el uso interno de la nuez-vómica, el opio, la digital, la menta piperita.

El doctor Iconomopoulos cuenta con una práctica de treinta años, y en cuatro epidemias de cólera ha podido constatar la eficacia de la siguiente mistura:

Sulfato de estrignina . . .	2 centigramos
Eter sulfur. . . . .	5 gramos
Esencia de menta piperita .	1 —
Láud. liq. de Sidenham . . .	2 —

Todas las personas, sin excepcion, dice, que han hecho un uso regular y constante de este medicamento preservativo, han pasado la epidemia sin experimentar la menor incomodidad colérica. Para el trata-

miento curativo y en el período álgido, recomienda la misma pocion en un vehículo de agua de menta, adicionada de tintura de almizcle y de valeriana.

En la India, tierra clásica del cólera, los médicos ingleses recomiendan las bebidas saliciladas, gozando de gran aceptacion la siguiente fórmula:

Acido salicilico. . . . .	5 gramos
Rom . . . . .	150 —
Jarabe de azúcar . . . . .	150 —
Agua . . . . .	400 —

m. para tomar dos copitas mañana y tarde.

Los médicos dosimetrías, admiten el origen parasitario del cólera, y creen, á nuestro entender con fundamento, que la lesion primordial es una parálisis de los nervios intestinales precedida de una excitacion nerviosa, directa ó refleja, derivando los demás síntomas de dicha parálisis. Evitan que la excitacion nerviosa precedente se produzca, mediante el uso preventivo del bromuro de alcanfor, y echan mano del sulfuro de calcio, estrignina y ácido fosfórico para matar el parásito y devolver al tubo digestivo la actividad perdida, cuando no se ha evitado la excitacion primera (Rep. univ. de med. dosimétrica número 3 año 1885).

Es remedio probado, para algunos, frotar diariamente la superficie del cuerpo con un cepillo suave, y continuar la friccion con alcóhol. Esto se practica al acostarse, y una vez en la cama, se toma una infusion de hojas de naranjo á la que se le agregan algunas cucharaditas de fino Champagne.

En Francia durante la última epidemia se aconsejaban las infusiones de plantas amargas ó aromáticas, té, centauro, etc

Estas y otras prescripciones que no mencionamos en obsequio á la brevedad, y que tan sólo á titulo de inventario han tenido cabida en este capítulo, cuentan con el voto de ilustrados epidemiólogos, pero desgraciadamente falta á dichos preservativos la sancion experimental.

## CAPÍTULO III

## El aislamiento

Ni desinfectantes, ni específicos que nos sirvan de salvaguardia contra las amenazas del cólera. Examinemos ahora la garantía que en realidad nos ofrece el aislamiento, considerado ya en tésis general como preservativo seguro.

Aquel tan conocido refran castellano que dice «huir de la pestilencia, con tres lll (luégo, léjos y largo tiempo)» cuadraría perfectamente al que tuviese disponibles los medios de ponerlo en práctica, si por desgracia suya este recurso no dejase de serlo, dadas las condiciones especiales de este país. Saldría de Montevideo para dirigirse, ¿á dónde que corriese ménos peligro?

Los cordones sanitarios en los pueblos de la campaña serian una utopía. El perímetro de cada departamento es demasiado extenso y su interior muy despoblado, para que se haga posible establecer una severa vigilancia, cual la exige la sutilidad del gérmen colérico. Difícil seria también evitar el acceso á las poblaciones interceptando sus barrios extremos, porque las necesidades de los pueblos están íntimamente ligadas á las de su departamento.

El estanciero tiene con frecuencia su familia en la ciudad, aún en las épocas normales, y le es forzoso atender á su negocio y á su hogar; su presencia es necesaria, indispensable, dentro y fuera del cordón. Secuestrarse todos en la estancia á 15 ó 20 leguas distantes de poblado, seria una imprudencia que á buen seguro no cometerian ni en los casos de más extrema necesidad. Resulta, pues, que la propia conveniencia exige no abandonar el pueblo donde en caso de peligro están los recursos de la ciencia médica, y la conservación de los intereses materiales reclama, por otra parte, la vigilancia asidua del dueño. Estas razones capitales harian impracticable el acordonamiento de los pueblos.

Es lógico, por tanto, suponer que, en caso de invasión colérica, tendríamos una segunda edicion de lo

que aconteció en la epidemia del 68: la infeccion se haria general en el país; los puntos de refugio para los habitantes de Montevideo, serian contados é inseguros, y el que intentase escapar de un foco caería en otro de idénticas condiciones al de partida. Por esto, no aconsejariamos nunca la fuga incondicional.

Creemos, no obstante, que existe un medio de aislamiento, al que podrian apelar una buena parte de los habitantes de Montevideo. La incomunicacion en las quintas, daría resultados que no conceptuamos dudosos, siempre que se hiciese efectiva con todas aquellas medidas precaucionales, indicadas por el buen sentido.

Tenemos muchos ejemplos que abonan esta práctica, y abrigamos la conviccion de que han sido mal apreciados algunos hechos, al parecer contradictorios.

La reclusion voluntaria beneficiaria á los que á ella se sometiesen y también á la poblacion en masa.

Las epidemias se estacionan con preferencia en las grandes aglomeraciones de individuos, porque la alteracion de los medios que éstas producen, es para aquellas el mejor pasto. En los conventos, colegios, cuarteles, cárceles y demás establecimientos comunales, el cólera no siempre penetra con facilidad, pero cuando la invasion se efectúa, los extragos son extraordinarios.

A nuestro entender, la diseminacion de los habitantes de Montevideo en las bellisimas y espaciosas quintas de los alrededores, seria uno de los recursos profilácticos de mejores consecuencias, pues sin dificultar sobremanera la indispensable asistencia médica, conjuraría el peligro inminente de la condensación urbana.

Hasta aquí hemos examinado por partes y con el detenimiento que la importancia de la materia exige, los titulados preservativos del cólera. El resultado de nuestro análisis es, no lo desconocemos, muy poco satisfactorio, puessi bien nos preserve del optimismo científico, no nos preserve en cambio del cólera.

Si nuestra intencion hubiese sido la de terminar aquí la tarea que nos hemos impuesto, valdría muy poco á fé para el público nuestra elucubración; se nos podría decir: «vuestro trabajo destruye y no reedifica, es el huracan que devasta, no la brisa que atempera y dá la vida».

Pero, nosotros hemos tomado la pluma con el intento de llevar la calma á los espíritus, no con el de aumentar su natural zozobra.

Si bien no ofrecemos un específico seguro para hacer frente al cólera, ni atribuimos á los desinfectantes gran valor preservativo, ni consideramos muy practicable el aislamiento, concedemos en cambio una importancia capital á las prácticas defensivas que en seguida expondremos.

## CAPÍTULO VI

### Preservativos higiénicos

Las prescripciones de la higiene, son las armas más poderosas que en la actualidad poseemos para oponernos á la accion del cólera.

Averigüe cada cual sus aptitudes fisiológicas, sus debilidades orgánicas, sus achaques pasionales, y ciña sus deseos y ponga su voluntad en las conveniencias del vital funcionalismo.

La norma de conducta que vamos á exponer, no es tan complicada como podría creerse, ni reclama esfuerzos sobrehumanos para someterse á ella. No pide más que un poco de voluntad y un tanto de sentido comun. Es sencilla, tan sencilla que sus preceptos pueden condensarse en una sóla fórmula; más aún, en una sola palabra: *Limpieza*.

Limpieza en los alimentos y bebidas, aseo en la persona, en el vestido y en la casa. En terreno limpio no hay pululacion posible de gérmenes morbíficos.

## I

### LA HIGIENE EN LA MESA

El gérmen del cólera, siéndolo el bacilo incurvado ya descrito, se encuentra constantemente en los intestinos de las personas invadidas, jamás en otra parte del cuerpo; y los hechos contradictorios aducidos por los médicos franceses, quienes creyeron reconocerlo en la sangre de los coléricos, han sido victoriosamente rebatidos por Koch.

Es por tales motivos creible, cuando ménos, que los alimentos y bebidas son el principal, sinó el único vehiculo del cólera. El pan, la carne, las verduras y frutas, como tambien el agua, son susceptibles de contaminarse, hallándose en un medio infectado, y al ser introducidas dichas sustancias impuras en el canal digestivo, producen los consiguientes trastornos funcionales.

Y no es tan sólo la pureza de los alimentos y bebidas lo que importa, es forzoso atenernos tambien á su digestibilidad, porque todo lo que lleva el desorden á las funciones digestivas, prepara el terreno á la invasion colérica. Un estómago acometido en la plenitud de sus fuerzas, reacciona y vence; se extenua y muere cuando esta reaccion no corresponde á la potencia del bacilo invasor.

En un estómago sano el parásito provocará una simple diarrea sin consecuencias; éstas serán fatales en el caso contrario.

Sin estas ideas preconcebidas, no se comprendería la importancia del régimen dietético; á no ser ciertas, se verían invadidos por igual el individuo continente y el intemperante, lo que en realidad no sucede.

La pureza y digestibilidad de los alimentos consiste en su sencillez y frescura.

El carnero, el buey y el cerdo son las carnes de uso más general y frecuente. A juzgar por los experimentos de Beaumont, la más digerible es la de carnero, despues la de buey, y por fin la del cerdo. La digestibilidad de las carnes decrece á medida que la edad

del animal aumenta, sucediendo lo contrario con respecto á su valor nutritivo.

La cocina moderna nos sirve la carne de las aves en estado de evidente descomposicion y peregona como inmejorables ciertos quesos mohosos y llenos de larvas. Todo esto es simplemente una perversion del gusto, una extravagancia de la gula, por más que Gubler y otros especialistas en esta materia concedan las mejores cualidades á dichos alimentos *metazimos*, y los recomienden á los estómagos perezosos. Lo que repugna á la vista y al olfato, centinelas avanzadas del gusto, se hace cuando ménos sospechoso para el estómago.

Es innegable, no obstante, que existen diferentes hábitos y aptitudes digestivas. No sin fundamento decia Sancho Panza al doctor Tirteafuera, que su estómago salia de sus quicios con los manjares exquisitos, puesto que estaba acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas. Algunos digieren perfectamente ciertos alimentos pesados y toleran, en cambio, de mala manera los al parecer ligeros. La leche, con ser un alimento de fácil digestion ocasiona diarrea en algunos, en otros astriccion, y en otros mareos ó dolores de cabeza; es cuestion de estómago, ni más ni ménos; por esto sea cada cual médico de sí mismo.

En general, puede asegurarse que cuanto más disgregado, cuanta ménos cohesion tiene un alimento, más fácilmente se impregna por los jugos digestivos y es asimilado. Los vegetales nutren ménos, relativamente hablando, que las carnes. Los mejores digestivos que pueden presentarse en la mesa son: la sobriedad, la calma y la amigable conversacion.

Existen algunas sectas empeñadas en trasformar el hombre, de omnívoro que es por ley natural, en frugívoro, sometiéndose sus partidarios á un régimen exclusivamente vegetal. Tales son los *legumistas* ó *vegetarianos*, los religiosos trapenses. Nosotros, no aconsejariamos á nadie que se afiliase á ninguna de estas sectas, y ménos lo haríamos en época de epidemia.

Los vegetales y las carnes, han de entrar razona-

blemente combinados en nuestras comidas, y en las proporciones reclamadas por la costumbre y las aptitudes digestivas de cada cual. El régimen vegetal exclusivo impone al tubo intestinal un excesivo trabajo y acarrea la debilidad y la anémia, condiciones orgánicas detestables para quien ha de resistir con entereza á los embates del cólera.

No pecaremos de cansados con recordar lo que ya llevamos dicho respecto á la pureza de los alimentos. Sean éstos, sencillos y siempre frescos todo lo que á ellos se agrega para conservarlos largo tiempo, para disfrazar su aspecto, su natural aroma, su gusto, constituye muchas veces un engaño nada inocente, y contra el cual debemos estar prevenidos.

Las conservas sólo deben aceptarse cuando hay carestía de alimentos frescos. El capricho y las exigencias de la moda nos hacen apetecer un sinnúmero de estos rancieros comestibles, los que sin satisfacer una verdadera necesidad, vienen á vejar nuestros estómagos.

Queremos dar tambien la voz de alarma contra ciertos manjares condimentados.

El estómago es muy tolerante con las injurias de la gula, y casi siempre llegan tarde para el remedio sus protestas contra los embutidos, conservas, quesos repelentes, pasteles y el sin fin de preparados alimenticios, cuya base de origen dudoso se oculta bajo una capa de aromas, semillas, azúcares, mostaza, pimienta y otras mil sustancias y supercherías inventadas por la codicia de los expendedores.

Ni el mejor químico podria averiguar, si en la elaboracion de tal salchicha entró la carne de perro, gato ó rata; si hizo el gasto alguna yegua muermosa, una vaca tísica ó un cerdo leproso. La mezcla resulta apetitosa, y esto basta miéntras el canal digestivo no grite misericordia.

Aceptad para vuestra mesa una carne fresca y limpia, sin aderezos ni adobos que puedan disfrazar el engaño. Aceptad la carne de vaca, ternera ó carnero, cuyas fibras tengan su natural consistencia, sean fácilmente accesibles al filo del cuchillo, y cuyo corte

vertical de haces carnosos yustapuestos descubra un delicado mosaico de polígonos finos y apretados.

Aceptad las aves de corral en buen estado de gordura, la caza no averiada, el pescado de agallas bien rojas y húmedas, de ojos abiertos y brillantes; los huevos visiblemente frescos, transparentes y que no sobrenaden en el agua; la leche de buena procedencia.

Estas son reglas de higiene bien sabidas de todo el mundo, y que repito aquí tan sólo para recordarlas. A veces las nociones más triviales son las más olvidadas, ó bien voluntariamente desatendidas.

La calidad de las bebidas usuales, es otro punto que no podemos desatender en los momentos críticos para la salud pública. Las aguas de que nos servimos en Montevideo son de algibe ó corrientes; ni las unas, ni las otras merecen una entera confianza.

Muy pocas aguas de algibe hemos reconocido sin encontrar gran cantidad de materia orgánica en suspensión, y este defecto depende en gran parte del poco cuidado que se tiene en su recolección durante las lluvias, como también de las naturales filtraciones del suelo en los aljibes. Por lo que respecta al agua de Santa Lucía, es demasiado turbia para no ser sospechosa.

Tenemos, pues, en el agua un poderoso enemigo que combatir, enemigo capaz de producir accidentes coleriformes en los períodos sanitarios más bonancibles.

No hace aún muchos años que Calcuta era la ciudad más insalubre del golfo de Bengala, y debido á las medidas de saneamiento adoptadas últimamente por los ingleses, su mortalidad anual ha disminuido de una manera notable, hasta el punto de ser relativamente menor que la de algunas ciudades europeas. El ensanche de las calles, sus nuevas y espaciosas plazas, sus jardines públicos y particulares, el drenaje del suelo, han contribuido indudablemente á operar este cambio feliz, pero la mejora ha resaltado después del abastecimiento de aguas potables.

En la actualidad, poderosas máquinas llevan el agua del Ganges á los depósitos; de aquí pasa á la ciudad, no al natural como pasa la nuestra del río

Santa Lucía, sinó bien filtrada, esto es, limpia. De esta manera todas las casas de Calcuta tienen á su disposición agua pura y en cantidad suficiente, cuya agua es analizada parcialmente dos veces por semana, y una vez al mes se hace el análisis total, dando cuenta al público del resultado obtenido.

En Montevideo no habrá sido posible librar al consumo público las aguas previamente filtradas; tal vez algún día se piense en hacer un esfuerzo y obviar este daño. Mientras tanto, téngase en cada casa un filtro y no se olvide que ninguna de las medidas higiénicas á que pueda apelar una ciudad, tendrá una importancia tan capital como la de proveer al vecindario de agua pura y abundante.

Durante una epidemia de cólera, el filtro no basta para descartar lo nocivo de ciertas aguas. Nos parece mucho más seguro, proceder como aconseja el Comité consultivo de higiene, en Francia. Todos los días se harán hervir algunos litros de agua, la suficiente para el consumo del otro día; de esta manera se puede tener seguridad completa de que se ha destruido todo principio infeccioso; ya dijimos, que los gérmenes resisten mal á las elevadas temperaturas. Tal vez, no sea inútil agregarle un poco de vino, coñac ó tintura de genciana, esta última sustancia en proporción de cuatro gramos por litro de agua.

No aconsejamos el uso immoderado de las bebidas alcohólicas; al contrario, la prudencia á este respecto se hace aquí más necesaria que en otras partes donde la calidad de estas bebidas es ménos reprochable. Nadie ignora que en cuestión de vinos y licores, las clases media y jornalera pagan con la pérdida de la salud lo que no alcanza á pagar el poder de su bolsillo.

El vino tinto ordinario, vermouth, bitter, ajeno y demás productos de nuestra industria licorera, son otros tantos enigmas, cuyos peligros son tan evidentes como incalculables.

El incremento que ha tomado entre nosotros esta industria debiera de preocuparnos; ya no hay pueblo ni rincón de la República donde no se fabriquen bebidas alcohólicas de todos colores, para todos los

bolsillos y á satisfaccion de todos los paladares. Más tolerable sería el artificio si no mediase el engaño; hay quien fabrica sin uvas los vinos de más nombradía y sella las botellas con firmas imaginadas ó compradas. Los vinos de mesa se falsifican dos veces, á la partida y á la llegada. El fraude raya ya en lo inverosímil, y se hace de todo punto necesario que el Gobierno se apiade del consumidor y vea de poner un correctivo eficaz á tanto abuso.

Nosotros no vemos por hoy, más recurso que el de aminorar los derechos de importacion á los vinos ordinarios, y exigirle formalmente al introductor, que nos dé vino, y no tinta.

## II

### EL ASEO CORPORAL

Hemos sentado anteriormente, que el gérmen del cólera penetra con los alimentos y bebidas en el interior del cuerpo humano; esto es lo que con muchos visos de verdad sucede generalmente. Pero no está demostrada la imposibilidad de que el susodicho gérmen pueda elegir en determinados casos otras vías ménos expeditas, como por ejemplo, las superficies más delicadas de la piel, el pié en sus espacios interdigitales, las ingles, corvas y sobacos, como también las vías respiratorias.

Hallándose impregnado el suelo por el fermento colérico, nadamos materialmente en un mar de infeccion, y dicho sea en apoyo de la hipótesis que vamos á establecer, nuestra piel no comunica en absoluto los tejidos interiores con el medio externo. Tan es así, que salen constantemente al través del cutis varios gases, una considerable cantidad de vapor acuoso y sales diversas. Las glándulas sudoríparas, cuyo número pasa de tres millones, y las sebáceas en general anexas á los folículos pilosos, son otras tantas aberturas que depuran, ventilan y refrescan el interior de la trama orgánica.

El oficio de la cubierta cutánea, consiste en prote-

ger los tegidos subyacentes y facilitar sus cambios con el mundo exterior.

No sería, pues, extraño, que una sustancia virulenta ó miasmática colocada sobre dicha superficie y en prolongado contacto con los productos de secrecion, acabase por penetrar en el interior de los tejidos y ocasionase los trastornos consiguientes. Esta manera de pensar no está de ninguna manera reñida con la lógica, por más que se halle poco conforme con las leyes conocidas de la absorcion.

También se concibe que el aire en sus movimientos de traslacion pueda levantar del suelo algunas partículas ó microbios colerigenos. Todo esto, sin ser evidente, puede presumirse, y entónces nos vemos obligados á admitir á la vez la posibilidad de que dichos microbios suspendidos en el aire franqueen la entrada de la boca ó de la nariz.

En este último caso, serian llevados lentamente hácia las partes profundas del cuerpo, por el movimiento constante de los líquidos orgánicos, á la manera como son introducidas en los pulmones de los pobres hulleros las diminutas partículas de carbon suspendidas en la atmósfera de las minas, originando una enfermedad conocida con el nombre de *antracosis*.

Estas premisas, aunque hipotéticas son muy atendibles, y de ellas deriva en gran parte la importancia que siempre ha concedido la medicina preventiva á la limpieza de la superficie cutánea y á la pureza del aire que nos circunda.

Para el hombre culto, el aseo corporal es á no dudarlo, una necesidad imperiosa, un distintivo del rango social á que ha llegado y una causa poderosa del bienestar relativo que le es dado alcanzar en este mundo.

Desde los albores del progreso, la humanidad lo ha comprendido así, y las religiones más avanzadas han hecho de la limpieza una virtud.

Y se comprende perfectamente que los hombres

previsores y amigos del orden hayan dado tanta importancia al aseo; las impurezas desagradan, molestan y enferman al que las soporta y no tiene embotada su sensibilidad.

El conocimiento de las leyes fisiológicas les ha sido innecesario á los moralistas de otras épocas, para comprender que la sensualidad del baño era muy legítima. Se vió que toda aglomeracion de individuos sometidos por la necesidad á la dura ley del trabajo, engendraba el particular abandono y viciaba el medio en que vivían, derivando de aquí un sinnúmero de enfermedades repugnantes que la diseminacion y los baños curaban con frecuencia.

A la altura á que han llegado nuestros conocimientos, es más fácil relacionar los efectos con las causas. Sabemos que el cuerpo de un hombre bien constituido exhala por día un kilo próximamente de agua, 25 gramos de materias sólidas y una cantidad notable de ácido carbónico. Estos productos de secrecion quedan en parte, depositados sobre la cubierta cutánea, y á ménos que la esponja y el jabon los eliminan, ocasionan perturbaciones diversas en las partes que sufren su contacto.

Durante una epidemia de cólera, toda causa que dificulte el libre funcionalismo de nuestros órganos determina una *pars minoris resistentiae*, y la piel no escapa á esta ley; muy al contrario, pocas partes del cuerpo merecerán en tales casos una vigilancia más asidua, por cuanto su relacion con la mucosa digestiva es íntima, como lo prueban los trastornos intestinales que siguen con frecuencia á un golpe de aire frío, á la supresion brusca del sudor, á las erupciones cutáneas, á las quemaduras extensas, etc.

La falta de cuidado en mantener limpia la piel, no produce precisamente el gérmen del cólera, pero le abre *cancha* como decimos aquí vulgarmente.

Hé aquí, porque no podemos descuidar mientras dure el flagelo, la policia higiénica de la superficie tegumentaria. Toda vigilancia es poca para combatir en regla á este sér diminuto llamado bacilo, armado de la fuerza del número y tenáz en su empeño de no perder resquicio ni ocasion de atacarnos.

Felizmente el mal tiene remedio, el remedio es barato y no necesita para adquirirlo receta de médico ni manipulacion farmacéutica. Agua pura y buen jabon, dos sustancias que bien aplicadas obran prodigios y aventajan en buenos resultados á cuantos específicos han inventado el charlatanismo de nuestros tiempos.

La hora más apropiada para efectuar el lavado de la piel, es la en que nos retiramos de nuestras tareas cotidianas para entregarnos al descanso de la noche. Conviene que entremos en la cama limpios de cuerpo y de espíritu si puede ser, que ámbas cosas son muy susceptibles de mancillarse en las épocas calamitosas.

El agua que vamos á emplear será previamente hervida, por las razones ya indicadas en los anteriores capítulos, y tendrá una temperatura apropiada á la impresionabilidad de cada cual. Para algunos, el agua demasiado fria es antipática, y les produce una sacudida que es razonable evitar.

Hemos tenido ocasion de tratar algunas personas muy reacias al agua; no se bañan nunca y prescindirian de lavarse la cara y las manos, si fuese esto compatible con las conveniencias sociales. A estos mismos, y á los que como ha dicho Huffelan no han tocado más agua que la del bautismo, les aconsejamos que desechen sus temores y se persuadan de la inocencia de esta sustancia abundantísima que la Providencia reparte á manos llenas, significándonos con esto, el ineludible consorcio del reino viviente con el elemento líquido.

Empezaremos por el lavado de los piés. Las extremidades inferiores se hallan en contacto permanente con un suelo sospechoso, y se verifican en ellas con más actividad que en otras partes del cuerpo los fenómenos de secrecion y de absorcion. Militan además otras razones en favor de los cuidados especiales á que por su posicion y destino son acreedores los piés, pero, no siendo de este lugar omitiremos el exponerlas.

Puede prescindirse del baño de inmersion en el lavado general; se consiguen los fines de una limpieza perfecta, con pasar dos ó tres veces por todo el cuerpo

una tohalla ó esponja grande empapada en agua, sola ó aromatizada con alguna esencia odorífera, (agua de Colonia, vinagre aromático), cuidando de llevar el jabón á los parajes donde la piel forma pliegues naturales.—Siendo los malos olores, característicos de las materias putrefactas, es razonable suponer que los perfumes agradables al olfato han de ser poco simpáticos á los micróbios.

Los conductos de la nariz, son para el aire atmosférico un filtro natural, y se descartan espontáneamente de las impurezas que reciben; pero la boca no goza de las mismas propiedades, se halla más indefensa, y merece por tanto, cuidados especialísimos. La membrana que la tapiza es con frecuencia la puerta de entrada de afecciones temibles.

El sarro que se forma entre los dientes y muelas, contiene siempre multitud de estos micro-organismos que acompañan á las materias orgánicas fermentadas. Ya en el siglo XVII el profesor Leewenbock llamaba la atención sobre estos seres que hoy tanto preocupan al mundo sábio, y se expresaba en los siguientes términos:

«Tengo la costumbre por la mañana, de frotarme los dientes con sal y lavarme en seguida la boca con agua; y á seguida del almuerzo, me limpio los molares con un cuida-dientes; á veces tambien los froto perfectamente con un pedazo de tela. De estos cuidados resulta que mis dientes son tan blancos y limpios, que se encontrará muy difícilmente otra persona de mi edad que los tenga en tan buen estado. Y no obstante, mis dientes no están todavía bastante limpios, porque cuando los miro con un cristal de aumento — *per speculum objeta augens* — apercibo, naciendo entre algunos de ellos, una materia blanca y semejante, á causa de su consistencia, á la harina mezclada con agua. Con gran sorpresa he notado tambien en esta materia una multitud de animáculos infinitamente pequeños y que se movian de la manera más prodigiosa».

«La especie mayor tenia un movimiento muy grande y muy rápido, y lo hacía á través del agua ó de la saliva, á manera de un pescado en medio del agua».

«Pienso que á pesar de lavarme la boca, no existen tantos hombres en estas provincias confederadas, como animáculos en mi boca, porque viendo un dia en mis encías cerca de mis últimos molares, una mancha de la materia en cuestion, cuyo espesor era próximamente de una crin de caballo, y que la sal no habia atacado en varios dias, la recogí y observé un tan gran número de animáculos vivos, que en un espacio no mayor que la centésima parte de un grano de arena, me pareció existian más de un millon.»

Las curiosas y sorprendentes observaciones del sábio Leewenbock han sido comprobadas posteriormente, y se ha visto que en efecto, los arcos dentarios acopian con facilidad suma este depósito de tan alarmantes cualidades.

Los procedimientos de uso en la policía de la boca son demasiado conocidos para que nos detengamos en su descripción. Aconsejaremos tan sólo que se haga un empleo moderado del cepillo, y que se use como único dentrífico el carbon vegetal finamente pulverizado, unido á partes iguales de quina. A falta de esta mezela, el pan quemado ó la ceniza del cigarro de hoja satisfacen la necesidad. Casi todos los colutorios, polvos y pastas que para este objeto recomiendan la perfumería, rayan el esmalte de los dientes y atentan con sus tintas y aromas á la integridad de la encía.

En cuanto á las demás prácticas de limpieza corporal que no mencionamos, sin considerarlas ajenas á la medicina preventiva, nos parece que pecaríamos de prolijos, si nos detuviésemos á exponerlas.

Se nos ocurre tan sólo hacer una advertencia importante. La limpieza de la piel sería ilusoria si los vestidos que á ella se adaptan fuesen reprochables por su escasa pulcritud.

El que pueda proporcionarse el gusto de renovar diariamente su ropa interior, tendrá á su favor una nueva garantía.

«Tengo la costumbre, dice Petenkofer, de mandar mi ropa al baño en lugar de sumergir en él mi piel.»

Esta costumbre del célebre profesor alemán, es altamente recomendable en todas las épocas de nuestra

vida, pero lo es mucho más en aquellas en que tenemos motivos poderosos para sospechar la infección del aire que respiramos, y de la tierra que nos sustenta. Toda ropa blanca, trátense de camisetas, camisas, calzoncillos, medias, sábanas, fundas de almohada, etc., deben de ser enviadas con mucha, muchísima frecuencia al lavadero.

La franela goza aquí de mucho prestigio, y es bueno que no se ignore la propiedad que tiene esta tela de retener el sudor segregado y facilitar el enfriamiento del cutis. Los tejidos punto de lana no muy doble, ó el reticular de seda atenúan este inconveniente. No obstante, siempre la lana, aún la franela, será entre nosotros muy preferible á la ropa de hilo ó algodón, pues necesitamos á todo trance guardarnos de los frecuentes é impensados cambios que se efectúan en la temperatura de nuestra atmósfera.

Aquellos que por efecto de tener un cutis muy delicado ó enfermo, no puedan soportar en contacto inmediato, la ropa de lana, se pondrán una camiseta de algodón intermedia. El defecto de abrigo tiene más inconvenientes para las personas enfermizas, que el exceso. Es increíble, como pululan en Montevideo los reumatismos, catarros y demás afecciones producidas por el frío intempestivo.

### III

#### EL ASEO DOMÉSTICO

Pocas ciudades habrá en el mundo, cuyo emplazamiento y condiciones sanitarias sean más favorables á la salud y al bienestar de sus habitantes, que la incomparable Montevideo. Edificada en la zona templada del hemisferio, sobre una península de suelo compacto; barridas las impurezas de su atmósfera ciudadana por las brisas yodadas del Atlántico, teniendo á su alcance las aguas del caudaloso río Santa Lucía, y visitados sus alrededores por innumerables arroyos que se deslizan entre la vegetación exuberante de sus hermosas quintas; provista de edificios á la moderna, bellos y aireados, de espaciosas plazas, ca-

lles bien empedradas, rectas y anchas, con mediano declive hácia el mar, circunstancias que permiten su perfecta limpieza á cada lluvia é impiden el estancamiento de las aguas; adornada de todos los dones de la civilización más avanzada, con un pasado heroico y un porvenir lisonjero, tiene Montevideo las ventajas más apetecibles para ser á poca costa uno de los grandes centros de población más deliciosos y saludables del Planeta.

Todo contribuye aquí, á que sin esfuerzo podamos ajustar nuestra morada á las bien entendidas conveniencias higiénicas.

Puede decirse que en Montevideo no hay barrios malsanos, pues aún en las inmediaciones del puerto y en la ciudad vieja, donde la población está más condensada, se han hecho esfuerzos provechosos á fin de evitar las influencias relativamente insalubres del suelo y de la atmósfera.

En toda la ciudad nueva y gran parte de la antigua, la altura de los edificios no alcanza con mucho al ancho de las calles; la población crece constantemente en el sentido de su radio, merced á la extensa red de tranvías que posee.

El hacinamiento de personas y la falta de policía higiénica en los llamados *conventillos*, vá disminuyendo de día en día, y tal vez nos sea dado contemplar, no sabemos cuando, sustituidos estos almacenes de carne humana por edificios más correctos y de condiciones ménos detestables.

Los sótanos, verdadero azote de las grandes ciudades europeas, son aún poco habitados en Montevideo, y confiamos en que algo se hará para suprimir de algunas casas estos lóbregos altillos que luchan á brazo partido con la falta de espacio.

El saneamiento del puerto ha preocupado ya seriamente á los que manejan aquí la cosa pública, y abrigamos la esperanza de ver pronto realizado el proyecto de abrir un caño colector que reciba y vierta lejos en la costa del Sur el contenido de las alcantarillas, que hoy nos remiten los vientos del Norte en estado de miasma.

A falta de jardines y paseos públicos en el centro

de la población, tenemos los patios interiores y las plazas que por su número y buena distribución llenan en parte este vacío. No obstante los que mandan debieran de ser en este punto más previsores y tomar ejemplo de lo que hace toda ciudad que sabe apreciar en lo mucho que valen la salud y las comodidades del vecindario. Sabemos que se proyecta el embellecimiento de la plaza Independencia, pero ignoramos cual será el futuro destino de los terrenos que hoy ocupa el Cementerio Inglés. ¡Ojalá no se pierda esta ocasión única, de dotar á la ciudad, de un hermoso y bien situado Parque!

Hablar aquí del aseo doméstico señalando la conveniencia del barrido y del fregado, sería hablar de lo muy sabido y de uso corriente en todas las casas con raras excepciones. Nuestra tarea, para no caer en lo trivial se reduce á recordar algunas reglas con frecuencia olvidadas en el saneamiento de las piezas que ménos escapan á la infección.

Los dormitorios, son verdaderas cajas donde nos sepultamos durante horas prolongadas, y que retienen por tanto, los residuos putrescibles de nuestra actividad funcional. Este es un hecho que debemos tener en vista, á fin de poner todo esmero en llevar á efecto las prácticas de aseo corporal ya indicadas. Oblíguese también á los sirvientes á que se presenten limpios; de esta manera libramos al domicilio comun, de las emanaciones deletéreas que el desaseo de los moradores siempre produce.

Los cuartos-dormitorios han de ser los más espaciosos y mejor ventilados de la casa; sus paredes lisas y estucadas, ó blanqueadas á cal, sin molduras ni orlas en los cielos-rasos; el piso de madera compacta, siendo muy preferible el simple encerado á la alfombra que retiene en su tejido el polvo, los gérmenes y dificulta la necesaria limpieza del suelo.

Pocos muebles, pocos colgajos; no estacionar los residuos de las vasijas, ni la ropa servida, ni cosa alguna que desprenda emanaciones antipáticas á nuestro olfato.

Una cama sencillamente labrada, una mesita de noche, un lavatorio con espejo, un ropero movable y al-

gunas sillas llenan con creces las necesidades de un cuarto-alcoba. Los cuadros, mapas, tapices, colgaduras, relojas, reliquias y demás adornos son más perjudiciales que útiles, porque dificultan la perfecta limpieza de las paredes y almacenan en gran cantidad el polvo atmosférico.

Es necesario dormir en un medio aséptico, es decir, que no pueda inficionarse fácilmente; por esto recomendamos la mayor sencillez en los accesorios. El exceso de mueblaje y de esculturas, á la vez que extienden la superficie contumáz, disminuye el primitivo cubo de aire.

Quisiéramos ver roperos de techo abovedado y sin muchos ángulos ni asperezas, lavatorios asequeables á la esponja ó al trapo, sillas de esterilla, camas de hierro sin colgaduras ni adornos. No es en los dormitorios donde ha de manifestarse el sentido estético, en primer lugar está la higiene.

Abranse durante el día las puertas y ventanas para que circule el aire y penetren los rayos bienhechores del sol; extiéndanse en lugar apartado las ropas de la cama, los colchones y hágase un escrupuloso baldeo. De esta manera se conseguirá lo que no se alcanza con los más renombrados desinfectantes, la destrucción de toda materia sospechosa, y al llegar la noche nos entregaremos seguros al descanso.

Una palabra en lo que concierne al local destinado á satisfacer las necesidades naturales.

En Montevideo se incurre en la falta de economizar espacio para la construcción de los retretes. En general, tenemos simples camaranchones ó *sucuchos* sin luz ni aire, y desprovistos de urinarios. Todo está dispuesto de tal manera, que el primer ocupante deja el puesto inservible al que le sigue. Los obturadores están con frecuencia descompuestos, y desmienten el nombre de inodoros que llevan; diríase que el depósito del agua es en las letrinas un accesorio inútil ya, que ni se acuerdan de llenarlo. Se mira este importante departamento con disgusto ó con repugnancia, se entra en él cuando la necesidad aprémia, y se sale buscando con avidéz otro aire más respirable.

Siendo altamente peligroso durante una epidemia

de cólera permanecer en un local semejante, damos por aceptable el parecer de algunos prácticos, quienes aconsejan para estos casos los retretes portátiles, en los que se puede verter ántes de ser utilizados alguna materia desodorante, como el permanganato de potasa. Dicho mueble, cuya limpieza no es difícil asegurar, se instala en una habitacion apartada y susceptible de ventilar.

En las demás piezas de la casa se observarán las reglas conocidas del aseo, partiendo siempre de esta misma base: la ventilacion y escrupulosa limpieza son los medios más seguros, más prácticos y económicos de desinfeccion.

## IV

## PRECEPTOS GENERALES

Ante la invasion del cólera, es forzoso mirar de frente la situacion en que nos vemos fatalmente colocados. Todo lo que no sea hostilizar la epidemia con los medios á nuestro alcance, es favorecer su libertad de accion. Por esto, consideramos inútil el celo que de ordinario despliega el público para indagar la causa próxima del flagelo, y es tambien poco acertado el dar pábulo á la imaginacion harto exaltada de algunos prójimos á quienes el temor ofusca, se desesperan, maldicen su destino y prorumpen en denuestos contra los médicos, cuyas maquinaciones han ocasionado el desastre que se experimenta. ¡Cómo si las verdaderas víctimas de toda epidemia no fueran en primer lugar aquellos que tan torpemente se calumnia.

Lo que en tales casos importa no es acriminar, sino hacer un llamado al buen sentido y á la moral cristiana. Importa ayudar al necesitado y fortalecer con el ejemplo el ánimo apocado de la gente sobrado meticulosa. Muchos mueren en el mayor desamparo, ó por falta de un buen consejo, ó de pura miseria. El hombre de bien, las almas piadosas tienen durante una epidemia innumerables ocasiones de poner en práctica sus buenos sentimientos, prodigando con provecho el bálsamo de la caridad.

No queremos significar con esto, que cae en falta el que no sale de su casa en busca de moribundos á quienes prestar auxilio, no; las grandes acciones dejarían de ser tales si fuesen comunes. Las personas abnegadas que saben despreciar su vida por salvar la ajena no menudean en el escenario del mundo; cual estrellas de primera magnitud, muestran solitarias su faz radiante y alumbran el espacio donde se codean nuestras miserias.

El que no se sienta con valor para afrontar situaciones tan difíciles, cuídese á sí mismo y haga el bien que pueda; mande alimentos al pobre, mándele combustible, ó abrigo, ó medicamentos en caso necesario. Considérese que todas las empresas se paralizan por efecto de la plaga, y que el pobre jornalero se encuentra muchas veces sin pan y sin jornal; la miseria hace innumerables víctimas, y los que perecen se convierten en tea que acrecienta el fuego epidémico. Asistir al pobre en sus necesidades, es una de las medidas preventivas más seguras é importantes.

Hágase comprender á quien lo ignora, que las epidemias de cólera ván siendo de cada vez más benignas, que sus antiguos fueros han pasado á la historia, y que los dictados de una razonable higiene limitan con seguridad sus actuales pretensiones.

Los que tienen el consuelo de medir con calma su verdadera situacion, tienen el deber de convertirse en apóstoles de la realidad, apaciguando el inmoderado temor de algunos y facilitando la práctica de las medidas preventivas relativas al caso. El médico necesita en momentos tales, la ayuda de toda la gente sensata y de buena voluntad; es forzoso que todos los elementos de orden estén de comun acuerdo para evitar los efectos que el miedo y la desidia producen en la clase proletaria.

Predíquese á los cuatro vientos las ventajas del aseo corporal y doméstico, la moderacion y reparo en las comidas, la conveniencia de purificar el agua, la vida metódica, la confianza en las medidas que los poderes públicos han adoptado para atenuar los efectos de la calamidad que nos invade. El padre persuada á sus hijos, el preceptor á sus educandos, el clero á

sus feligreses y el periódico á sus lectores; algo queda siempre en la conciencia pública, de una propaganda así sostenida.

Los propietarios recordarán á sus inquilinos des- preocupados, la necesidad de mantener las piezas de la casa bien ventiladas, de limpiar los pisos una vez por semana cuando ménos, con agua y jabon ó bien con potasa, de mantener espeditos los albañales, de no retener en el domicilio las basuras, y á propósito de esto último, ganaríamos todos y no poco, en que los residuos de la limpieza doméstica una vez amontonados no se dejasen expuestos á la pública espectacion en esos latones sin tapa y de feo aspecto, los que infectan con sus emanaciones el aire matinal y descomponen el estómago del transeunte.

Al hablar de los desinfectantes hemos puesto en duda su accion profiláctica, fundándonos en opiniones respetables. Creemos, no obstante, que el empleo de estos preservativos farmacológicos, especialmente los no peligrosos y fáciles de manejar, como son: el ácido sulfuroso, el fénico y el sulfato de hierro podrán prestar al público servicios positivos, y queremos decirlo, nosotros llegado el caso no nos privaremos de ellos, cuando no sea más que para acatar el parecer siempre atendible de los que fundadamente pregonan sus benéficas cualidades. Esto no quita que demos el primer lugar á las prácticas de higiene individual, ántes mencionadas; ellas constituyen el único rayo de clara luz que penetra en el terreno de los preservativos anticólericos, todo lo demás son brumas, esperanzas y nada más que esperanzas.

No se extrañará, pues, que hayamos puesto particular empeño en hacer resaltar las ventajas del régimen, ni que acatemos como irreemplazables los preceptos de la moral cristiana. La moral no difiere en sustancia, de la higiene; así, son considerados como preservativos eficaces la sobriedad, la continencia, la actividad ordenada, la humildad, la paciencia, la sinceridad y todo lo que constituye la virtud en sus variadas faces.

Los que no echen en olvido estos tan sabidos preceptos, es probable, casi seguro que se verán libres de

percances y á la vez coartarán las tendencias invasoras de la pública calamidad.

## CAPÍTULO V

### Los primeros auxilios

Triste es decirlo; no conocemos hasta hoy remedio alguno que haga una oposicion formidable al desarrollo del cólera en el organismo humano, y no exageramos al asegurar que de sesenta años acá los progresos efectuados en la terapéutica de esta enfermedad, son bien escasos.

En las diferentes ciudades europeas visitadas últimamente por la epidemia, adoptaron los prácticos tratamientos los más diversos, sin que de esta variedad curativa resultase visiblemente el hallazgo de un antidoto digno de ser adoptado por su eficacia en los casos sucesivos. Sucedió lo de siempre; obtuvieron mejores resultados los médicos que con más oportunidad supieron acudir en auxilio de aquellos órganos, cuya integridad fisiológica se hallaba comprometida; no se curaba con la seguridad de un tratamiento específico, sinó á fuerza de tino práctico. Seria por tanto, un engaño recomendar al público el empleo de una de tantas fórmulas medicamentosas como andan en brazos de la fama, para combatir los primeros síntomas de un ataque de cólera.

Existe además otro motivo que nos obligaría en todo caso á no ser exclusivos en nuestras prescripciones. Casi todos los habitantes de la localidad invadida sienten en el trascurso de la epidemia algunos trastornos gastro-intestinales, debidos al parecer más que á la presencia de un virus en el organismo, al sobresalto que el espectáculo de la plaga infunde en la generalidad.

«Falta á la verdad, decia un entendido general, el que asegure no sentir cierto malestar de vientre al estampido del primer cañonazo.» Esto mismo y aún algo más, experimentaron un gran número de personas en la noche del impensado simulacro militar del Cerro.

Pregúntese al estudiante por la influencia anti-digestiva de un día de exámen; que diga el orador cuáles son sus angustias momentos ántes de subir á la tribuna en día solemne.

Al sentirse el cerebro herido por una emocion violenta, parece que toda su actividad nerviosa se acumula, se concentra, para expandirse despues con fuerza inusitada por todas sus dependencias. Los músculos, las vísceras momentáneamente interrumpidas en sus funciones, empiezan de nuevo con exagerada actividad el trabajo que les está encomendado. Así, los músculos de la vida orgánica ya no se contraen de una manera normal, sinó que se ven invadidos por una agitacion temblorosa, convulsiva; las secreciones pierden su ritmo y se desbordan en torrentes de lágrimas, saliva, orina ó bilis, y sobreviene el llanto, las ganas frecuentes de orinar, vómitos, diarrea ó sudores profusos.

A esta excitacion funcional, ocasionada por la emocion, sucede más ó ménos pronto el gasto de fuerzas, el abatimiento y la postracion.

Todo es pasajero y sin consecuencias cuando la impresion no es demasiado sostenida, circunstancia favorable que no se realiza por desgracia en las epidémias, puesto que en tales casos el sobresalto es constante; hoy nos abandona un amigo querido, un hermano, el vecino; al otro día, y al otro y al otro llegan á nuestros oídos los mismos gritos de angustia, los mismos desencantos, las mismas tristezas. Una impresion sucede á otra, y no se resiste impunemente á golpes tan seguidos, aún cuando las creencias religiosas ó el consejo hayan fortificado de antemano el buen sentido y la disposicion moral.

Por esto creemos nosotros, que las diarreas tan generales en tiempos de cólera, representan en el mayor número de casos un fenómeno de origen exclusivamente nervioso, y que no podría tratarse con la medicacion especifica si ésta existiese. Nunca faltan cuando llega el caso, ciertos remedios secretos bautizados con el calificativo de *anticoléricos*; pero lo repetimos, estos remedios aún siendo eficaces para anonadar al micróbio, resultarian impotentes y quien

sabe si perjudiciales, para dominar una excitabilidad inmoderada de los centros nerviosos.

Son de mucha trascendencia los primeros auxilios prestados al paciente; de la pronta y acertada ayuda dependerá tal vez el triunfo, y con tal motivo reprobamos toda dilacion en llamar al médico. Si hubiese que tratar alguna indisposicion ligera, tanto mejor; el mucho celo guarda la viña. No se dá importancia á una simple diarrea y se sabe que los casos más graves tienen este principio. Los ingleses, tan escépticos en materia de tratamiento, cuando se trata del cólera confirmado, ponen especial esmero y se creen seguros llegando á tiempo de combatir la diarrea premonitoria. De aquí, el lugar que conceden á las visitas médicas preventivas en la profiláxia del cólera.

Mas sucede á veces, que no se consigue con la prontitud deseada la visita del facultativo, y á la vez que se pierde un tiempo precioso se hace necesario, indispensable proporcionar al enfermo algun alivio; atenuar cuando ménos, la violencia de ciertos síntomas en extremo molestos, los calambres, los vómitos pertinaces, la copiosa diarrea.—¿Qué hacer en semejante caso?—Lo vamos á decir, ya que para aclarar este extremo hemos empezado este capítulo.

En lo general, la invasion de la enfermedad no es brusca; vá precedida de algunos fenómenos que suelen caracterizar las indigestiones ligeras. Cierta sensacion de peso en el estómago y vientre, ruidos intestinales, evacuaciones semilíquidas, fecales al principio y más tarde biliosas de un color verde ó amarillo. Hay poca ó ninguna fiebre, y el apetito aunque algo disminuido se conserva. Probablemente, la noche primera se pasará bien y sin que el enfermo sienta la necesidad de bajar una sola vez al servicio.

Al día siguiente, este estado de cosas persiste, las cámaras ván siendo de cada vez más frecuentes, más líquidas y más serosas; se presentan algunas contracciones, sensacion de peso en los lomos, el cuerpo está cansado y el apetito se pierde. La molestia no es aún

tan grande, que obligue al enfermo á interrumpir el curso de sus habituales ocupaciones.

Tal vez el mal no vaya más allá, y despues de pasados tres ó más dias la salud se restablezca sin otra mediacion que la de haber tomado algunas precauciones indicadas por el buen sentido. Pero, téngase presente que este desarreglo, al parecer insignificante, puede ser el preludio de próximos y sérios trastornos, el estadio de entrada á lo más grave, y en la duda, no hay que perder tiempo.

Lo primero que hará el paciente será ganar la cama arrimar los piés á un botellon de agua caliente, suprimir la comida y cubrirse el vientre con una cataplasma de harina de simiente de lino rociada con algunas gotas de láudano. Su bebida usual, será el agua de arroz albuminosa; media clara de huevo por copa de agua. Por fin se aplicará una lavativa corta, compuesta de agua, almidon y 6 ó 10 gotas de láudano.

Esta sencilla medicacion combate con seguridad una diarrea simple, y aún podrá dominar la que es precursora del cólera. No obstante, urge llamar al médico, tal vez existen materiales indigestos en el estómago ó intestinos, y se haga necesaria la administracion de un vomitivo ó un purgante, indicaciones que no se llenan oportunamente sin un juicio cabal sobre el verdadero carácter de la dolencia.

Cuando los remedios empleados no cortan el proceso, las evacuaciones se hacen de cada vez más frecuentes y más pálidas, se precipitan al exterior con violencia en forma de chorro, el producto escretado pierde su fetidez natural y toma la consistencia y el color del agua de arroz en la que sobrenadan algunos copitos blancos formados por el desprendimiento de las células epiteliales del intestino.

Hay ansiedad en la region del estómago, náuseas y vómitos de alimentos, de bilis ó de un líquido blanquecino; este último carácter del vómito, es el más significativo, pues revela el ataque de cólera.

Parece y sucede en efecto, que la cantidad de líquidos arrojados es mayor que la ingerida, debido á la

trasudacion del suero de la sangre en la cavidad del estómago

A causa de las continuadas pérdidas líquidas la sangre se espesa, ocasionando una sed intensa; el vientre se aplasta, los ojos y las mejillas se hundén, se apergamina la piel, las uñas toman un tinte azulado, el pulso se contrae, se apaga la voz; los piés, las manos, las orejas y la punta de la nariz se enfrian como el mármol. Todo este cortejo de sintomas ha ido acompañado de fuertes calambres en las pantorrillas y en los dedos de los piés y de las manos.

Una gran apatía se apodera por fin del individuo, y sus sentimientos más delicados se extinguen; el pudor, el amor á los hijos, el recuerdo de felices dias que pasaron para no volver, el temor á la muerte, ya nada de esto se manifiesta en su semblante escueto y frio; diríase que el alma ha desalojado ántes de sonar la hora, su ruínosa morada.

La diarrea cesa, un sudor frio y pegajoso cubre la superficie del cuerpo y se presentan los estertores de la agonía. Este es el terrible cuadro del cólera asfictico, ó sea del verdadero ataque de cólera morbo.

No deseamos á nadie la vista de este cuadro, pero á quien su estrella le depare un espectáculo semejante, y para colmo de desdicha no haya podido llevar un médico á la cabecera del enfermo, vamos á darle algunas instrucciones, las que llevadas al terreno de la práctica serán indudablemente más propicias al paciente que todos los lamentos y demás actos de desesperacion inherentes á estos trances de la vida.

Coloquémonos en el caso extremo, y dando por supuesto que cuanto se ha hecho para conjurar el mal en sus primeras manifestaciones, ha sido infructuoso. Los sintomas todos, léjos de moderarse toman incremento y no es posible dudar ya de la realidad del ataque. Nos hallamos cara á cara con el cólera, y el desertar es un crimen de lesa fraternidad.

Que el pobre enfermo no vea en nosotros ni indiferencia, ni aturdimiento, ni vacilaciones. Su ánimo necesita en este momento supremo la muestra de nuestras simpatías, de nuestros sentimientos humanitarios, de nuestro valor moral. Una leal y decidida

asistencia facilita indeciblemente el buen resultado de la medicación.

En la habitación no habrá más cama que la del enfermo, ni más gente que la estrictamente necesaria para la debida asistencia. Nuestra tarea empieza y estamos resueltos á que no sea estéril.

Antes que todo, es necesario llamar á la periferia el calor y la vida, que solicitadas por el estímulo han emigrado á los centros y mantienen en las profundidades del organismo el incendio, cuyas exhalaciones se traducen por vómitos, deposiciones líquidas, calambres y demás fenómenos ántes descritos. Para conseguir este primer resultado, se empieza por dar una fricción algo violenta por todo el cuerpo del enfermo, con una mezcla de tres partes de aguardiente alcanforado y una de amoniaco líquido; en seguida se arropa bien al paciente, se coloca en su derredor botellones con agua á temperatura elevada, saquitos de arena ó ceniza caliente y se le hacen tomar algunas tazas de una infusión aromática, menta, piperita, manzanilla con cortezas de naranja, flores cordiales con algunas gotas de acetato de amoniaco líquido, té negro, café con cognac, etc. A falta de la fricción indicada, se envuelve el cuerpo del enfermo con una sábana préviamente espolvoreada con mostaza, agregando despues las cobijas necesarias para evitar toda pérdida de calor.

El sudor no tarda en presentarse y casi siempre sigue á esta reaccion un notable alivio. A las dos horas de haberse presentado el sudor se aligeran las ropas que cubren al enfermo, y con el fin de reanimar la respiracion puede dejarse á lo largo de la columna vertebral una compresa de franela empapada en la mezcla que nos sirvió para excitar la piel.

Ha vuelto el calor á la superficie, la respiracion se efectúa con más libertad, pero el tormento y el peligro no se acaban quizás, y los vómitos siguen, y siguen los dolores abdominales, y los insufribles calambres y la diarrea. El médico acaso no ha llegado aún, y es forzoso afrontar con arte la situacion.

La fuerza del vómito se modera haciendo tragar al enfermo pequeños trozos de hielo cada media ó una

hora, segun sea la intensidad del trastorno; á la vez se le propinan cortas cantidades de vino espumoso, mejor fino Champagne, y en su defecto vino comun con agua carbónica. En último caso aplíquese en la region del estómago un fuerte sinapismo.

Para calmar la sed intensa, devolver á la sangre el agua que ha perdido y diluir la materia morbigena, facilitando así su expulsión, daremos amenudo cortadillos de agua de limon ó de naranja helada. (Se conciben los elogios que hacen algunos prácticos, de las inyecciones intravenosas de agua para combatir este accidente.)

Los calambres pueden dominarse apretando fuertemente con la mano los músculos atacados; tambien se aconseja frotar la parte con una franela embebida en esencia de trementina, aguardiente alcanforado ó esencia de mostaza. En la epidemia del 84 el calambre se fijaba muchas veces en las masas musculares de la parte anterior del pecho y de las escápulas, produciendo el efecto de un cinturón de hierro que mantenía inmóvil al paciente, dificultando sobremanera el acto respiratorio. Los médicos de Marsella combatian este síntoma por medio del *masaje* y pocas veces dejaba de tener éxito esta medicación tan sencilla.

Ya hemos dicho de qué manera puede atacarse la frecuencia de las cámaras; las lavativas de agua almidonada con 6 ú 8 gotas de láudano, repetidas cada dos horas, constituyen uno de los remedios más abonados para combatir este sistema capital.

Nada más queremos añadir, ni podríamos buenamente ir más allá en estas instrucciones de carácter popular. Nuestro propósito al empezar este capítulo, fué el de ser útiles al público, allanando todo lo posible las dificultades con que tropiezan los asistentes improvisados.

La experiencia nos enseña que en el mayor número de casos las familias ignoran las prácticas más triviales; todo lo esperan del médico que tarde ó temprano ha de llegar, y no aciertan á dar un paso, ni aún á evitar al pobre moribundo el espectáculo de la general confusion.

# ÍNDICE

---

	<u>Páginas</u>
Condiciones y objeto de la obra . . . . .	3
CAPÍTULO PRIMERO	
I. Indole del cólera. . . . .	6
II. El microbio del cólera. . . . .	10
CAPÍTULO SEGUNDO	
Preservativos farmacológicos:	
I. Desinfectantes. . . . .	13
II. Específicos . . . . .	17
CAPÍTULO TERCERO	
El aislamiento. . . . .	20
CAPÍTULO CUARTO	
Preservativos higiénicos. . . . .	
I. La higiene en la mesa. . . . .	22
II. El aseo corporal. . . . .	28
III. El aseo doméstico. . . . .	34
IV. Preceptos generales. . . . .	38
CAPÍTULO QUINTO	
Los primeros auxilios. . . . .	41

---

---

